

el rey su resolución de unir al archiduque Alberto con su hija mayor la infanta doña Isabel Clara Eugenia, cedia y otorgaba á favor de ella la soberanía de los Países-Bajos, y el condado de Borgoña, para que le disfrutase en compañía de su futuro esposo, y le trasmitiese á sus hijos ó hijas, según las reglas de sucesion establecidas.

Se estipulaba además que si la sucesion recaía en hembra, se debería ésta casar con el rey de España ó su heredero, y que ningun príncipe ó princesa hija de la infanta doña Isabel Clara Eugenia, se podría casar sin el beneplácito del rey de España. Era también uno de los términos de este tratado que el archiduque y sus sucesores se comprometerian á impedir á sus súbditos el tráfico ó comercio de las Indias, y sobre todo que no permitirian en sus Estados el ejercicio de otra religion que la católica. En caso de que la infanta muriese sin sucesion, volverian los Estados á la corona de España, debiendo verificarse lo mismo en caso de que los nuevos soberanos infringiesen cualquiera de los artículos estipulados.

Con la otorgacion de este acto quedó Felipe II voluntariamente desposeido del señorío de los Países-Bajos. En esta region se recibió con mucho agrado la noticia de que ya no estaban sujetos á la dominacion del rey de España; tan impopular habia sido este monarca, hasta objeto de odio en casi todas sus provincias. El archiduque Alberto habia sabido conciliarse su aficion, y en su gobierno concebían todos grandes esperanzas. Las provincias confederadas por su parte, aunque miraron con suspicacia este acto de cesion, como todo cuanto emanaba del gobierno de su antiguo dueño, consideraron al fin el asunto bajo el agradable aspecto que este cambio de cosas presentaba.

CAPITULO LXXVII.

Dolorosa y última enfermedad de Felipe II.—Muerte del monarca.—Su carácter.—Consideraciones sobre su reinado.—Estado de las principales naciones de Europa á su fallecimiento (1).

1598.

SE acercaba ya el término del largo reinado que escribimos. Había entrado el rey en los setenta y dos años de su edad, ya muy quebrantado de salud y en vísperas de la dolorosa enfermedad que le llevó al sepulcro. A pesar de su templanza en comida y en bebida, vivió los últimos años muy atormentado, sobre todo de la gota, que se podía llamar enfermedad hereditaria. No podía andar sino apoyado á una especie de muleta: todavía se vé en su gabinete del Escorial una silla baja, especie de banquillo, en que acostumbraba colocar su pierna. Andando el tiempo, comenzaron á hincharse los piés y hasta el estómago, de modo que no podía andar más que en silla. Por el mes de junio de 1598, hizo su último viaje al Escorial, y á pocos días después fué atacado de la enfermedad que le postró definitivamente en cama. Padecía una calentura ardiente que le iba consumiendo poco á poco hasta dejarle en puros huesos. Llegó la acritud de sus humores á ser tal, que se le formaron llagas en los dedos de la mano derecha, y en el dedo grande del pié izquierdo; además se le declaró un tumor, como una especie de apostema en el muslo dere-

(1) Los pormenores de la última enfermedad de Felipe II están tomados de la historia de la orden de San Gerónimo del P. Sigüenza en la parte 3.^a relativa á la fundacion del Escorial. Los que consignan Leti y otros se reducen á lo mismo con corta diferencia.

cho, cuyos dolores eran tan intensos que le hacian permanecer inmóvil en la cama. Fué admirable su paciencia; y él que habia desplegado durante toda su vida una constante igualdad de ánimo, tanto en la adversa como en la próspera fortuna, no se desmintió ni un instante durante aquellos dias tan de prueba. No podemos menos de entrar en algunos pormenores de esta situacion tan dolorosa; considerada por algunos como un gran favor divino para acrisolar las virtudes de este príncipe; tal vez por otros como castigo de sus iniquidades. No llevamos por otros como nuestra vista. Eran frecuentes los actos de devocion á que se consagró durante toda aquella larga enfermedad, sin que se le oyese mas quejas que repetir algunas veces las palabras: «*Pater, si possibile est, etc., non mea sed tua voluntas fiat.*» El tumor del muslo se siguió de tal modo que los facultativos no pudieron resolverle. Fué preciso apelar al auxilio del hierro y proceder á una operacion que el mismo Juan Vergara, su ejecutor, graduó de sumamente peligrosa. Se preparó el rey con los sacramentos antes que tuviese efecto. En el acto de verificarla hizo que su confesor Fray Diego de Yepes le leyese la pasion de san Mateo, y al llegar á la oracion del *Huerto* le mandó detenerse, repitiendo él las mismas palabras que se hallan en el texto. Se hizo con toda felicidad la operacion, y concluida, mandó el rey á los circunstantes se arrodillasen en accion de gracias. Se le aliviaron los grandes dolores por aquel momento; mas volvieron tan vivos, tanto en dicha parte como en los brazos y en las piernas, que apenas podia sufrir que le curasen. Permanecia de espaldas sin poder moverse, sin dar medio de que le pudiesen mudar las ropas de su cama. La calentura no le dejaba ni un momento, algunas veces le tenia sin sueño por dos y tres dias; otras veces le producía un letargo que algunos creían precursor de muerte. Mientras tanto continuaba casi inmóvil, sin quejarse, indicando que solo sentia algun alivio en el ejercicio de los actos piadosos á que se

entregaba. Hizo su confesion general por escrito, operacion que duró cerca de tres dias. Como daba su cama al mismo altar mayor de la iglesia, asistia á misa con muchísima frecuencia. Dos dias antes de la operacion del muslo hizo que el confesor fray Diego de Yepes le trajese en procesion las reliquias de que era mas devoto, y que le echase cada uno una plática en el momento de pasar por delante de su cama. Así lo hicieron, dando á la ceremonia la mayor solemnidad posible. Adoró el rey las reliquias, y mandó que le aplicasen algunas á la parte dolorida. Y tal era la devocion y fé que manifestaba tener en ellas, que el P. fray Martin de Villanueva encargado de su custodia hizo formar delante de su cama una especie de altar de las que eran objeto de mas predileccion, y se las daba á besar al rey muy á menudo. En una ocasion solemne en que se practicó esta ceremonia, cuando el P. Villanueva creia que se las habia dado á besar todas: Padre, dijo el rey, se os ha olvidado una, que designó con su propio nombre, descuido que remedió el religioso presentándosela. Para despertarle de las modorras que parecian peligrosas apelaba la infanta, que estaba muchas veces á su lado, al remedio eficaz de decir en alta voz: »no me toqueis á estas reliquias; con lo que despertaba el rey en sobresalto. Para que en cualquiera postura que le hacian tomar en la cama pudiese ver alguna cosa devota, mandó colocar en todas las paredes crucifijos é imágenes. A cada momento se hacia rociar la cama con agua bendita, y tocar las partes doloridas con un pedacito de *Lignum-Crucis*, reliquia que tenia en grande estima.

Mandó distribuir por aquellos dias muchísimas limosnas, y envió presentes cuantiosos á muchos monasterios. Cuando conoció que se le agravaba el mal, mandó llamar al nuncio, y llegado á su presencia, le pidió que le echase una exhortacion y le absolviese de sus culpas en nombre del Pontífice. Así lo hizo el enviado de Su Santidad, enviando en seguida un correo á Italia, su-

plicando al Papa tuviese á bien confirmar la absolucion que acababa de dar en nombre suyo.

Despues de haber recibido el rey el Viático en dos distintas ocasiones, se preparó para la Extrema-uncion el primero de setiembre, habiendo deseado que asistiesen al acto el arzobispo de Toledo, su confesor, el del príncipe y el de la infanta, y el prior del monasterio. Para que no se omitiese ninguna ceremonia, hizo que se le llevase el manual para que sirviese de guia en la materia. Antes de pasar á la administracion del Sacramento, le leyeron al rey una larga exhortacion dirigida á los pacientes, y como se le hiciese la observacion, que habiéndola oido ya, no era necesario que la repitiesen, respondió el rey: bien será que la digan por segunda vez, porque la exhortacion es excelente. Concluida la ceremonia, mandó el rey despejar la sala, y quedándose á solas con el príncipe, permaneció con él dos horas, dándole sus últimos consejos.

Entre la administracion de la Extrema-uncion y la muerte del monarca, mediaron trece dias, circunstancia un poco extraordinaria. Volvió á comulgar el rey otras dos veces, y no cesó un punto en el ejercicio de sus devociones. Entró en pormenores sobre sus exéquias; mandó que abriesen el nicho donde se hallaba el cadáver del emperador para que viesen de qué modo estaba amortajado. Añadió algunas disposiciones á su testamento, manifestando un juicio tan cabal como en sus mejores dias.

Habia algunos años que habia el rey entregado á uno de los gentiles-hombres de su cámara un cajoncito cerrado, diciéndole; «tendrás cuidado de dármele cuando te le pida. «Cuatro dias antes de morir, le dijo, «dame aquella caja que te hé entregado en otro tiempo.» Abierta la caja se encontraron en ella un Crucifijo de metal, dos disciplinas, una de ellas muy gastada, y unas velas benditas en el monasterio de Monserrate. «Con este Crucifijo en sus manos, dijo el rey, murió mi padre; que me le coloquen en frente, en la parte interior de las

cortinas de la cama. Con estas disciplinas, se azotó en el coro del monasterio de San Yuste en compañía de aquellos religiosos: guárdese como reliquia.» Y llamando en seguida á don Fernando de Toledo, le entregó las velas encargándole que le diese una encendida cuando la pidiese.

El dia anterior de su muerte se despidió de sus dos hijos, echándoles su bendicion, y dijo á don Felipe. «Aquel Crucifijo que teneis en frente le tuvo en sus manos mi padre al espirar: espero en Dios que tambien esté en las mias en mis últimos momentos. Conservadle y adoradle como la reliquia mas preciosa.»

Cuando conoció que se acercaba la hora de su muerte, mandó á llamar al arzobispo, á su confesor, á los de los dos príncipes y al prior del monasterio. El prelado le echó una plática, y el rey hizo una nueva profesion de fé, pidiendo perdon de sus pecados. Despues le leyeron la pasion de san Juan, y en seguida los Salmos penitenciales. Preparado don Fernando de Toledo con la vela encendida aguardaba que el rey se la pidiese, mas él que lo observó, le dijo: «aún no es tiempo.» Sucedia esto á media noche. Despues de algunos momentos de letargo pidió el rey á las tres de la mañana la vela y el Crucifijo que se hallaba en frente. Ocupadas con ambos objetos las dos manos, repitió las exhortaciones que le hacian los que le auxiliaban en aquellos últimos momentos, y sin perder el sentido ni la razon, espiró tranquilamente á las cinco de la mañana del domingo 13 de setiembre de 1598, en el momento que los niños de coro del monasterio entonaban los cantos de la misa de alba.

Inmediatamente comenzaron á decirse misas de *Requiem* en la iglesia. El cadáver, despues de trasladado á su ataud, fué llevado en procesion á la sacristía, donde permaneció de cuerpo presente durante dos dias que precedieron á los funerales. Se celebraron las exequias con toda la pompa y magnificencia que puede concebirse. El nuevo rey Felipe III permaneció durante la ceremonia detras del túmulo, colocado en medio de la iglesia. Con-

cluidas las exequias se trasladó al cadáver al mismo sitio donde se hallaban los restos de su padre, pues el magnífico panteon actual es de fecha mucho mas moderna.

Así terminó casi con el siglo XVI la existencia del personaje que hizo el principal papel en su última mitad, habiendo cabido á su padre en la primera igual fortuna. Si lo que hemos dicho en la sucinta relacion de su reinado no es bastante para formar una idea del carácter y demás cualidades de hombre público que distinguieron á este príncipe, seria en vano aspirar ahora á completar un retrato tan importante entonces, y tan interesante hoy para los que se dedican á conocer la historia de los hombres. Pocos fueron mas mal juzgados en su tiempo; pocos son en el dia por la generalidad mas imperfectamente conocidos. En ninguno se marcó mas el sello de parcialidad, ora nacional, ora política, ora de secta religiosa. Es una observacion particular que estas pinturas tan diversas, que estas alabanzas por un lado y acriminaciones por el otro, proceden de los mismos hechos en que convienen todos. Sobre los grandes acontecimientos que entran en el cuadro de este gran reinado, hay muy poca variacion; en las consecuencias consiste la grande divergencia. Cuando Felipe II, por ejemplo, á su vuelta de los Países-Bajos, pidió en Valladolid la celebracion de un auto de fé, en que se hicieron los terribles castigos que caracterizaban estas ceremonias llamadas religiosas; cuando dijo á don Carlos Sesé que si su hijo fuese herege llevaria él mismo la leña de su hoguera, ningun historiador trató de ocultar ni disfrazar siquiera una accion que tanto servia á su propósito. ¿Cómo habian de omitir los nacionales y los que no siéndolo se preciaban de católicos celosos, la relacion de un hecho en que resaltaba la religiosidad del rey y su celo ardiente por la pureza de la fé? ¿Cómo perderian los protestantes enemigos de Felipe II esta ocasion de hacer ver hasta dónde

llegaba su fanatismo, su crueldad é intolerancia religiosa? Igual observacion podremos hacer sobre otros rasgos de su vida y acontecimientos importantes de su reinado, en que hay la misma conformidad en la relacion, y la misma diferencia en las observaciones á que dan origen. En sus guerras de Flandes, en sus alianzas con la santa Liga de Francia, en sus disensiones con la reina inglesa, en la expedicion de la *Invencible*, en su proscripcion del príncipe de Orange, en su terrible empeño de privar á Enrique IV del trono de la Francia, todos dicen sobre poco mas ó menos unas mismas cosas, con el distinto colorido de la parcialidad, de la pasion, de los diferentes principios religiosos y políticos. Solo en el asunto del príncipe don Carlos, del asesinato de Escobedo, guardan los historiadores de aquel tiempo, y aun los sucesivos, una reserva y una especie de obscuridad que manifiestan bien, ó que no pudieron decir la verdad, ó que tuvieron por peligroso exponerla con franqueza. En el dia, que deben estar muy apagadas estas pasiones y estos odios, en que los hombres imparciales buscan la verdad prescindiendo de preocupaciones, entonces dominantes, no se puede menos de pronunciar que en el retrato de Felipe II hay partes que le engrandecen y dan lustre, y otras que le afean muy notablemente. Fueron muchos de sus errores, de sus faltas, fruto sin duda de la época en que reinaba; mas hay otros que tenian raiz en su carácter personal ó en su temperamento. Como casi todos los personajes distinguidos de su siglo, fué tenaz en sus creencias, intolerante con las contrarias, perseguidor de los enemigos de su Iglesia, celoso por la estirpacion de lo que se llamaban heregías; mas se debió á su carácter sombrío, á su poca indulgencia natural, á la severidad que distinguia sus acciones, aquella tenacidad, aquella energía, aquel encono en promover las medidas favoritas que creia indispensables para dar cumplimiento á sus proyectos. Dominante se hallaba cuando subió al trono el principio de la supremacía de los reyes, mas ninguno llevó tan ade-

lante estas altas pretensiones, ni redujo á un sistema tan completo la servidumbre política del pueblo. Unidad de rey, unidad de dogma, fueron sus dos principios favoritos, á cuyo desarrollo consagró toda su existencia. Comenzó á mandar á los españoles cuando estaban ya muy amoldados al despotismo de sus reyes. Durante su dominacion, se fueron acostumbrando poco á poco á considerar las magestades divina y humana casi de una misma especie, con la sola diferencia de ser la una delegada y emanada de la otra. Fué extrema la dureza con que Felipe II sostuvo estos principios, y terribles los medios con que los hizo triunfar en momentos de conflicto. No tenia este monarca prendas para ser amado; de casi todos fué odiado ó temido; de algunos estimado y sinceramente respetado. Que fué severo, cruel y vengativo, lo dicen hechos autorizados por todos los historiadores; es inútil que sus panegiristas se esfuercen en borrar las atrocidades que se hallan en algunas páginas de su reinado. Prescindiendo de estas consideraciones y de todo cuanto se rozaba con sus ideas políticas, con su intolerancia religiosa, la justicia obliga á decir que Felipe II desplegó durante su administracion grandes prendas de monarca. Fué amante del orden, favorecedor de la justicia, recompensador del mérito y propenso á estimular á los que podian ser de utilidad á su servicio. Fomentó con celo y con grandes rasgos de munificencia cuanto podia en su opinion promover los intereses públicos. Naturalmente desconfiado y suspicaz, miró siempre con inquietud y con recelo á todos los altos funcionarios que por delegacion ejercian su autoridad en sus dominios fuera de España; mas sabia por otra parte premiarlos con magnificencia, y templar con expresiones de amistad lo que podian tener de duro en otras circunstancias sus advertencias ó amonestaciones. Es un hecho que en su largo reinado no echó mano para ningun alto cargo de hombres sin prendas, poco mas ó menos relevantes. Ninguno de sus gobernadores en Flandes ó en Italia, ninguno de sus generales

de tierra y mar, de sus secretarios de Estado, de sus embajadores, hasta de los arzobispos y obispos y otras personas de su nombramiento para el alto clero, dejó de ser persona de algun mérito. Conocia los hombres y las cosas por la sagacidad y penetracion que le eran tan geniales, por la gran experiencia que habia adquirido de gobernar desde sus primeros años. Era rey de hecho como en el nombre. Era jefe de su vasta monarquia en toda la extension de la palabra, y bajo esta consideracion, el último que tuvimos en España. Dirigia en persona todos los negocios de tantos Estados, la correspondencia con todos sus altos funcionarios y embajadores; sobre todo, cuando estaban encargados de asuntos importantes. En pocas de las cartas que escribian sus secretarios á su nombre, dejaba de poner alguna cosa de su puño, y algunas veces eran estas posdatas de mayor extension y de diverso sentido que las mismas cartas. Con esto se dá una idea bastante exacta de su laboriosidad, de su facilidad en el despacho de negocios, de su atencion suma á todos los ramos que componian la administracion de sus Estados. Era de poco brillo aparente su persona, de poca elocuencia su palabra; mas sabia con su oportunidad, con su misma brevedad, con el aire autorizado que daba á su expresion con el carácter de severidad, en ningunas circunstancias desmentido, infundir un respeto, una veneracion, una ciega deferencia á sus voluntades, que muy pocos monarcas alcanzaron. Es opinion recibida que si excedió á su padre en laboriosidad y aplicacion á los negocios, no le igualó en capacidad, en penetracion, en el conocimiento de los hombres, en el tacto y sagacidad con que sabia podia poner en juego lo que favorecia su política. Le era sin duda muy inferior en todos aquellos dotes exteriores que concilian la benevolencia y atraen la popularidad en medio de las formas severas con que los monarcas se revisten. En la parte militar, no se puede establecer, no cabe siquiera un paralelo entre el padre que se deleitaba en aparecer con arreo y pompa militar al

frente de las tropas que llevaba al enemigo, y el hijo, cuya espada virgen contribuyó tanto á deslustrarle en aquella época marcial en que todos se preciaban de brillar en la carrera de las armas. Es singularidad que un monarca empeñado casi toda su vida en guerras importantes, no se hubiese presentado mas que dos veces á las tropas; la primera, despues de la batalla de San Quintin, de cuyo teatro estaba distante cuatro leguas durante la refriega; la segunda en Badajoz, donde se contentó con ver desfilar al ejército que bajo las órdenes del duque de Alba iba á conquistarle un reino. Por lo demas se debe creer que esta misma repugnancia en salir de España y su persuasión de que desde el Escorial podia ver y dirigir muy bien los asuntos de la Europa, contribuyó á sus desaciertos en política, porque desaciertos grandes cometió este rey por mucho que se alabe su prudencia. Si hubiese ido á Flandes cuando tantas veces se lo aconsejaban, tal vez hubiese visto por sus propios ojos que necesitaba adoptar otra conducta mas en consonancia con sus propios intereses, sin que fuese necesario que sus panegiristas le atribuyesen el dicho poco discreto á la verdad: mas quiero no tener vasallos que tenerlos hereges. Se puede creer que no estaba bastante bien enterado de la situacion política de Francia, donde empleó tantas intrigas, tanta diplomacia, y sobre todo tan inmensas sumas, todo sin provecho. Tambien estaba sin duda ofuscado sobre el verdadero estado de los negocios en Inglaterra, cuya conquista le pareció tan fácil. En la expedicion de la *Invencible* reinó muy poco tino, tanto por el punto donde se aprestó este armamento formidable como por la clase de los buques que se construyeron. En no pocas ocasiones hizo ver, sobre todo en Flandes, que era irresoluto; que por sobra de desconfianza variaba de planes á menudo, y que por falta de oportunidad malograba ocasiones importantes. ¿Qué resultados produjeron tantas guerras, tanta sangre derramada, tantos tesoros prodigados, para llevar á fin las concepciones políticas del rey de España? Quedaron los Países-Bajos

independientes de su cetro. Quedó la Francia bajo la dominacion de un rey amigo y protector celoso de los protestantes: quedó la Inglaterra mas próspera que nunca, y con todos los títulos de llamarse victoriosa: quedó sobre todo la España exhausta de recursos y dinero, obligada la Hacienda pública á echar mano de expedientes que contribuian á su total ruina. Se dice que comenzó la decadencia de España en el reinado de los sucesores de Felipe II. Mas es un hecho que ya era esta potencia un gigante medio postrado en los últimos suspiros del monarca. Lo que dejó en España de mas real y positivo fué el sello de su carácter dominante; fué la consolidacion del sistema despótico, ensayado por sus predecesores; fué el principio divino de los reyes y el dogma político de que eran dueños de haciendas y vidas, como se vió en tantos casos lamentables; fué la postracion parcial del pensamiento; fué la preponderancia del brazo eclesiástico, la autoridad dictatorial del santo Oficio. Y si con estos gigantes de poder se hallaba todavía en el caso de hombrear y hasta ser el amo un hombre de su temple, no quedaba á sus imbéciles sucesores mas recurso que el de acogerse á su tutela.

A la muerte de Felipe II gozaba España de profunda paz, pues aunque continuaba su contienda con Inglaterra, habia terminado el rigor de las hostilidades. Seguia Mauricio en guerra con las otras provincias de los Países-Bajos de la dominacion de España; mas como estas estaban ya en posesion del Archiduque Alberto, era para nosotros una guerra extraña. Trabajaba en Francia Enrique IV por curar las llagas que una guerra civil de mas de treinta años no podia menos de haber hecho en el cuerpo de Estado, por mantener las relaciones de buena amistad entre los católicos y los calvinistas, á quienes por un edicto expedido en Nantes se les habia concedido

completa tolerancia é igualdad en el goce de todos los derechos políticos de los del culto dominante.

En Inglaterra se acercaba ya al fin de sus días la famosa reina que habia sabido dar tanto lustre á su reinado. Gozaba el pais de la mas profunda paz, y veia desarrollarse los elementos de grandeza y prosperidad de que era Isabel la fundadora. Gozaba esta princesa el fruto de su acertada administracion, y del buen sentido y tacto con que habia sabido escoger sus consejeros y ministros. Escocia estaba tranquila; su rey Jacobo VI, hijo de María Estuarda, heredero de Isabel, guardaba la mejor armonía con esta reina, aguardando el momento de sentarse en el trono de la Gran Bretaña, como lo hizo en efecto con el nombre de Jacobo I en 1603, que fué el fallecimiento de la reina.

La Alemania permanecia tranquila durante la segunda mitad del XVI, sin mas movimientos que los causados por las guerras con los turcos. Desde el tratado de Passau, ajustado por Carlos V, vivian en paz las dos religiones y no trataban de inquietarse mutuamente los príncipes que pertenecian á las dos Iglesias. El emperador Fernando I, hermano y sucesor de Carlos V, testigo de las turbulencias acaecidas durante el imperio de su antecesor, se aplicó á calmar los ánimos, á disipar cualquiera inquietud que se pudiese concebir sobre la observancia fiel del tratado referido, y murió en 1564 dejando tranquilo el pais, que hizo justicia á sus rectos procederes é intenciones. La misma conducta observó Maximiliano II, primo hermano de Felipe. Ya hemos visto que deseoso este príncipe de poner término á las revueltas de los Países-Bajos y á las calamidades que hacia sufrir el destemplado rigor del duque de Alba, envió una solemne embajada á Madrid, á cuya cabeza figuraba su mismo hermano el archiduque Carlos, con objeto de hacer entrar al rey en mas moderados sentimientos. Fué en 1578 su sucesor su hijo Rodolfo II, que se habia como educado en España al lado de su tio, príncipe pacífico, muy dado á las ciencias ma-

temáticas, protector de los sábios, como lo acreditan las tablas Rudolfinas que compuso Kepler en honra de su nombre. Como monarca, fué indolente, enemigo de los negocios, el menos á propósito para jefe del imperio en aquellas circunstancias. Su hermano Matías, á quien hemos visto gobernante en los Países Bajos, le arrancó en vida los reinos de Bohemia y de Hungría, y tampoco se mostró de mucha mas capacidad, cuando ocupó el trono imperial á principios del siglo XVII. La Alemania estaba en guerra con los turcos al terminarse el anterior, y tocaba la época en que una intestina, conocida con el nombre de Treinta Años iba á convertirla en un teatro de devastaciones y de ruinas.

Continuaba Italia con sus intrigas políticas entre los diferentes príncipes que se la dividian entonces, sin presentar ninguno de los grandes acontecimientos con que la historia se alimenta. Lo mejor de esta region lo poseia el rey de España. Los duques de Florencia mejorados de títulos con el de grandes duques de Toscana, continuaban consolidando su poder agrandando su territorio sobre Pisa y Sena. En Parma reinaban los Farnesios tan unidos con el rey de España; pues Alejandro, por haber heredado á su padre Octavio, y colocándose en un rango soberano, no dejó de ser general del rey Felipe. Continuaba Venecia en la decadencia, que habia comenzado para ella desde principios de aquel siglo. En Génova seguian inalterables siempre los vínculos de adhesion y de obsequio al rey de España.

En cuanto á los papas de la mitad de aquel siglo vivieron en los términos de la mejor inteligencia con el rey Felipe II; si prescindimos la corta contienda que se encendió entre éste y Paulo IV, el último pontífice guerrero de aquel siglo, exceptuando á Pio V, que entró en liga con Venecia y España contra el turco. Fué éste último pontífice un hombre distinguido: igual consideracion mereció su sucesor Gregorio XIII, quien tuvo ademas la gloria de dar su nombre á una famosa correccion

que se hizo de su orden en el calendario, y de que hablaremos á su tiempo. Un puesto mas elevado en la historia se hizo su sucesor Sixto V, por su capacidad, por el rigor inflexible con que purgó los Estados romanos de bandidos, por su celo en descubrir y reparar monumentos de la antigüedad, y por el rico tesoro que dejó en las arcas de san Pedro.—Fueron sus sucesores Urbano VII, Gregorio XIV é Inocencio IX, que entre los tres ocuparon el pontificado desde 1590 hasta 1593.—Al espirar el siglo reinaba Clemente VIII, sucesor del último. Fué quien dió la absolucion á Enrique IV, y mediador en la paz ajustada por este monarca con la España. Casi todos estos Papas fueron hechura de Felipe II y auxiliares de sus planes cuando las guerras civiles de la Francia.

Reinaba en Suecia Cárlos IX, hijo de Gustavo Vasa, que merece el título de fundador por ser el primero de su familia que ocupó aquel trono, y por las reformas que hizo en su constitucion civil y religiosa. Tuvo Gustavo la gloria de que otro hijo suyo se sentase en el trono de Polonia cuando quedó vacante por la muerte de Juan Bator, que habia sucedido á Enrique III, rey de Francia. A la sazón se criaba en la córte de Suecia un niño, hijo de Cárlos IX, que con el nombre de Gustavo Adolfo, debia adquirir con el tiempo mas gloria personal, y hacer un papel en la Europa muy superior al de su abuelo.

El imperio de la Rusia no era conocido entonces. Los grandes duques de Rusia ó Moscovia hacian poquísimos papel, sobre todo en el occidente de la Europa.

En Turquía reinaba Mahoma III, hijo de Amurates III, sucesor de Selim II, varias veces citado en esta historia. No fué corto el reinado de Amurates, pues duró desde 1574 á 1595. Con los príncipes de Europa tuvo este sultan muy pocas relaciones. En una guerra de corta duracion con Hungría, tomó la plaza de Raab, y sufrió en la segunda una derrota por las tropas de Rodulfo. La que hizo Mahoma III á esta última potencia fué mucho mas sangrienta. Entró en persona á la cabeza de doscientos

mil hombres en Hungría, y habiendo tomado á Agran por capitulacion, hizo pasar á cuchillo la guarnicion cuando salia de la plaza. Despues fué derrotado por Maximiliano, hermano de Rodulfo. Todavía duraba esta guerra cuando dejó de existir el rey de España. El imperio Otomano tocaba ya á su decadencia. Con la muerte de Soliman I y de Selim II, se habia comenzado á oscurecer aquel astro fatal que amenazaba destruir la Europa entera.

El Portugal habia dejado de ser reino; y los diez y ocho años que llevaba de obediencia al rey de España, no le habian acostumbrado, ni hecho resignarse aún á la suerte de ser una especie de provincia de la corona de Castilla. Cada vez sufría con mas impaciencia el yugo extraño, y si la conducta de Felipe II contribuyó poco á que se les hiciese llevadero, peor fué el efecto de la observada por sus sucesores.